

2016

Nudlerías

Ernesto Seman

University of Richmond, eseman@richmond.edu

Follow this and additional works at: <http://scholarship.richmond.edu/jepson-faculty-publications>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Leadership Studies Commons](#)

Recommended Citation

Seman, Ernesto. "Nudlerías ." In *Holy Fuck! hablando del kirchnerismo con el recaudador de impuestos*, edited by Huili Raffo, 49-53. Buenos Aires, Argentina: Garrincha Club, 2011.

This Book Chapter is brought to you for free and open access by the Jepson School of Leadership Studies at UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Jepson School of Leadership Studies articles, book chapters and other publications by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.



ernesto semán

27.10.2004

“Nudlerías, Nudlerías”, diría José María Aznar si fuera argentino y hubiera tratado de desestimar el mangrullo de boludeces derivadas de la difusión de la censura ejercida sobre una nota suya.

Los motivos para no empezar esta discusión son variados. Hemos dicho hasta el hartazgo que Nudler y Wainfeld son de los pocos tipos que nos interesa leer cuando leemos sobre la Argentina, supongo que, como siempre, porque sí. El hecho de que se hayan trezado a tortazos en público no me parece en absoluto relevante, ni que merezca una nota, ni que afecte el buen momento de nadie; lo atribuiría más bien a un bad timing de la realidad, esas cosas que pasan. Por lo demás, lo que cada uno de ellos piense del otro tampoco parece tener demasiado interés, ¿no? Quiero decir: No creo que haya mejor periodista para leer que Nudler, pero a esta altura de mi vida ni Nudler ni nadie me dice quién escribe bien o mal, mucho menos en un momento de enojo.

Que a Nudler le hayan censurado una nota tampoco parece ser un gran tema. Por lo pronto, la barrera entre censura y jerarquización es un tema que da para dos bibliotecas. Cualquier diario decide no publicar ciertas cosas por una variedad de razones que no son profesionales (los famosos datos bien chequeados, etc) ni venales (un gobierno pagando o exigiendo por algo). Del mismo modo que uno no dice todo lo que piensa ni hace todo lo que dice, los diarios no escriben todo lo que averiguan. No se publica nunca todo lo que se sabe, sino que se ordena, y se ve qué es más relevante para el tipo de información que se quiere dar y listo. Alguno como Lejtman decide que el tamaño de la patilla de Menem es lo más importante y otro como Zlotogwiazda se aferra a los símbolos del 1 a 1, mientras que Nudler escruta cómo la convertibilidad va a caer años después. So what? Publicar

NUDLERÍAS

¡Gran escandalete en la patria periodística argentina! Julio Nudler, periodista encargado del panorama económico del diario 12, escribió un artículo el último sábado cuestionando la designación de Claudio Moroni, socio de Alberto Fernández, en la Sindicatura General de la Nación. Y el diario no se la publicó. Esa misma noche del viernes, enojado, Julio escribió un mail a amigos en el que denuncia al diario por censurarlo. No se habla de otra cosa en quinchos por estas horas. El diario no ha dicho nada oficialmente y, algunos, extraoficialmente, sí han empezado a esbozar una teoría de “la soberanía editorial”, un tour de force que hace acordar a las críticas taponadas por la “ética de la responsabilidad”. Esta mañana, ante el clamor de los oyentes de Radio Ciudad, el programa donde actúa Mario Wainfeld debió llamar a Nudler, pese a las pocas ganas de Marius

49

de quedar atrapado en un lugar tan incómodo. Durante la entrevista, Julio se sacó y (des)calificó reiteradamente a Wainfeld ("infame!"), quien intentó matizar las acusaciones como pudo. Caliente, Nudler replicó: "no sabés escribir" y "tus notas están llenas de errores cuando escribís de economía" y "entraste a Página/12 por la ventana". Todo a los gritos, un quilombo. Esta noche va a haber una reunión de quienes trabajan en el 12 porque están medio podridos de tanta paritaria con Miguel Nuñez (vocero de K), a raíz de este episodio, por lo que es de esperar nuevos capítulos. Pobre Wainfeld, porque estaba en un gran momento. Se había liberado de editar en el diario y escribía algunas buenas notas. Aunque siempre con esa esperanza de ser escuchado y convocado, ya no como opinador sino como asesor, participa de charlas por todos lados, tiene lindo programa de cable con mesa de fórmica, y en la Radio Ciudad es tan importante que el subdirector dijo el otro día: "Mario es nuestro techo salarial". Pero hoy, Nudler (el que hace los fideos) le arruinó un poco el estofado.

Schmidt
27.10.2004

una u otra cosa sólo denota el tipo de periodismo que se hace, pero no es para escandalizarse.

Quizás en este caso se haya combinado un poco de todo. Aparentemente, la nota de Nudler estaba floja de papeles; Página no está en humor de publicar demasiado contra el gobierno; Página, quizás, haya encontrado finalmente un gobierno que es la horma de su zapato, con el cual se entien-de y deciden cuidarse y apoyarse mutuamente; la corrupción no parece ser el tema más relevante en cuanto a analizar la actual gestión (para mí tampoco lo era durante la era Menem, pero esa es otra historia); la corrupción, definitivamente, no parece ser piedra angular de la actual política económica, que compete a la columna de Nudler; el Gobierno le pide al diario que no publique notas dañinas; algún director del diario está hasta el moño de Nudler y una vez decide armar un poco de revuelo; la redacción del diario está molesta con el oficialismo de su trabajo y se enciende con una chispita.

Todo eso, y Nudler que está harto, estado de ánimo que tampoco debería merecer nuestra opinión. Nunca me cito, pero además de alabarlo, hace apenas unos días, sin saber de la tormenta que venía y a propósito de una columna magistral que el diario sí había publicado, escribí, en el borde de Nosferatu: "Nudler está cansado de predicar en el desierto, aún sin saber bien qué. Ya ni se preocupa por terminar algunas ideas. Los párrafos se van hacia el final en un 'y esto y lo otro' y directamente 'y bla bla bla', un recurso poco usado en el periodismo... ¿De qué está harto Nudler? De todo parece. De las notas que explican y de los lectores que creen entender. De los entrevistados con ideas tan claras y de los entrevistadores que se sorprenden por lo que no deberían. Del sentido común aquí y allá, y de aquellos que son originales."

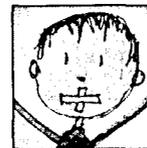
Y-a-sí-Ma-riel-mu-rió. Paraparaban paraban panparan. Qué bien leemos los diarios a diez mil kilómetros. Se hartó y listo. Es su hartazgo y lo mejor de su cinismo lo que lo ayuda a buscar el límite y no un eventual contrato, que pudo haber tenido en cualquier momento de su extensa carrera en Página.

El único motivo por el que se me ocurre que todo esto nos interesa es, además de las notas de Nudler, la aparición de la libertad de prensa, y su acólito, el periodismo objetivo. Recién ahí llegamos al punto en el que el humor de Nudler, los mimos del gobierno con Página y la etérea coincidencia de tener a Nudler y Wainfeld al aire y juntos pierden su importancia.

La libertad de prensa es un concepto que debe ser revisado y discutido. Los principios y realidades que inspiraron la primera enmienda de la constitución norteamericana y la aguerrida y breve prédica de Mariano Moreno han, cuanto menos, evolucionado. Por un lado, los medios de comunicación constituyen el espacio público, pero no tienen ninguna de las responsabilidades que sí les caben a los otros poderes públicos. Y nada indica que el abuso de poder del periodismo sea menos insalubre que el que ejerce el Poder Ejecutivo. Es un dilema, de momento, irresoluble. Las compañías que controlan los medios ejercen poderes omnímodos y su poder debería ser restringido. Es impensable que el Estado pueda cumplir ese rol, habida cuenta de su repliegue y eventual incapacidad; y aun en el caso de que lo lograra, la idea de un corredor periodístico Buenos Aires-Caracas-La Habana no parece ser el paisaje más estimulante; la sociedad civil, simplemente, no es lo adecuado.

Más conceptualmente, la libertad de prensa parece haber perdido el cargamento que justificaba el fast track de su aprobación universal. La libertad de prensa estaba ahí, impoluta, en función de garantizar un conocimiento pleno y extenso de la cosa pública. Pero hay algunos problemas. Por un lado, el libre accionar de los medios ha dejado a Welles a la altura de un tipo carente de imaginación, porque el fantasma de una dictadura clara de los cielos ha dado paso a una gris y aplastante y húmeda masa de confusión en la que la cosa pública queda escondida detrás de millones de palabras y voces e imágenes.

Por otro lado, todo se ha vuelto más complejo. Si la cosa pública la constituyen una vaca y dos manzanas, el dilema se resuelve fácil, en favor de que todos vean la vaca y las manzanas, y en contra de aquel que quiere ocultar que tiene dos manzanas y no una. Ahora, cuando el mundo se hace ancho y ajeno, entran a jugar otras cosas. Es cierto que el Presidente se cogió una pasante. Es cierto que después le consiguió un currito en casa de gobierno. Es cierto que está mal. Es cierto que un juez lo está hostigando. ¿Pero es relevante como información? Todos los medios de Estados Unidos creyeron que sí, incluso aquellos que apoyaron furiosamente a Clinton. Supongo que hay muchas razones por las cuales nunca voy a dirigir un diario en Estados Unidos, pero agregó una más: yo no habría publicado más que un par de recuadros y listo, ese hubiera sido el aporte de mi vida, la huella que me habría gustado dejar en esta tierra.



Leímos todos los comentarios sobre la muerte de Julio Nudler. No sólo por haberlo conocido un poco, poquísimo, sino porque efectivamente y como se dijo era uno de los mejores haciendo eso que se publica a diario en los diarios. Ahora que los que hacen el trabajo son muchos malos, cuando se muere uno bueno querés ver cómo funciona ese contraste en la despedida. Nudler escribía bien, ok, que es pensar bien. No es que hacía todas esas vueltas tipo garcía marketing y todos sus influenciados. No, decía lo que quería decir y lo decía asumiendo el salto al vacío de pensar. Sacaba de adentro para afuera y no estaba preocupado por los efectos de su comunicación, las posibilidades de que el Banco del Suquía le ponga un avisito para un programa

de radio que no tenía o que IBM le regalara un notebook para el día del periodista o que Eurnekian lo llevara a hacer un paseo por el aeropuerto de Frankfurt. No es que no cuidara a sus fuentes, no. Al contrario, en las participaciones de su fallecimiento en La Nación hemos leído los nombres de Cristiano Ratazzi, de Miguel Bein. Gente que ha fundido al país, ¿eh? Pero estaba preocupado por llegar al tren. A veces, pasaba a buscar a su señora que es crítica teatral por alguna sala o se quedaba esperando en algún bar de Corrientes viendo un partido de Boca o leyendo. Viendo un partido de Boca, como un chico, fue la última vez que lo vimos en el Premier de Corrientes.

Se ha exaltado que era un hombre malhumorado. Que era gruñón. Que era esto, que era aquello. Sí, era un hombre que hacía muy bien su trabajo. Como un hombre de otro tiempo. Fue un trabajador responsable y que lo haya sido de los medios posiblemente sea lo menos interesante. Su ejemplo es concreto, claro: Tomate el trabajo, sé modesto, escribí con la boca cerrada. No hables del coraje, tenelo. Hizo un libro precioso que cruza el judaísmo con el tango y muchas notas muy buenas. Cuando editaba, cuando corregía el trabajo de otros era excelente. Volviendo al malhumor, no lo digo por Julio porque no sé exactamente qué le pasaba por la cabeza pero este asunto de la mala

Es un ejemplo extremo, pero útil a los efectos de mi punto: la única y honesta libertad de prensa importante, es la de decidir qué publicar y qué no. Decidir no publicar una nota porque castiga a un gobierno en un punto sensible, desbaratando una estantería que, en general, luce mejor de lo que uno habría imaginado, es perfectamente legítimo. Otros motivos pueden ser, para nuestros estándares, menos legítimos, más oportunistas, más venales, menos prístinos. Como todo esto ocurre en la vida real, es muy posible que cualquier ejemplo combine un poco de todo lo de arriba, y que la tarea de uno sea determinar cuál de todos los factores es el más relevante. Que Página es afín al gobierno se asienta en muchas más razones que las venales: un discurso oficial que aparentemente retoma lo que el diario ha predicado desde hace una década; la cantidad de columnistas que han pasado a funciones oficiales por los más diversos motivos; una lectura común de lo que ha pasado en los últimos años en la Argentina; coincidencias varias sobre lo que habría que hacer.

Que de ese encuentro celestial de voluntades surjan acuerdos de todo tipo es, veramente, tan posible como irrelevante, en tanto y en cuanto pueda seguir sosteniéndose que Página piensa lo que piensa porque lo piensa y no porque el gobierno le paga. Y ese parece ser el caso, sobre todo reconociendo que lo piensa desde mucho antes de que Kirchner asomara de Santa Cruz, y que este gobierno, mal que mal, ha mantenido cierta constancia en algunos datos que son básicos para la agenda del diario. Si mañana Kirchner condecora a Videla y Página dice que fue una brillante maniobra del general, volvemos a charlar. Pero ese no parece ser el caso.

Que de esto surja una decisión editorial que, leída en términos más bien tontos, lleve a publicar más notas a favor que notas en contra, es definitivamente inevitable. Nadie le paga a Página para que “haga como que la corrupción no es importante.” La dirección del diario, y mucha gente más, cree que ese no es el gran cristal explicativo.

Ahora, uno podría sostener todo esto con un ejemplo contrafáctico sencillo: supongamos que el diario es La Nación y no Página, y que el periodista es Laborda —the ultra-flat journalist model— y no un iluminado como Nudler. Supongamos que Laborda se dedica desde el día de la asunción del gobierno de Kirchner a escribir notas sobre hechos de corrupción que atañen a funcionarios altos del gobierno (que seguramente

los hay, como en casi todo gobierno). Supongamos que, una vez en su vida, Laborda decide hacer las cosas bien, investigar a fondo, tener chequeado hasta cuánto calza cada ministro. Y supongamos que La Nación, en lugar de usar el estalinista método de Página, decidiera publicar generosamente a Laborda en la tapa del diario, over and over, cada nota, hasta el hartazgo.

¿Estaríamos contentos? ¿Habría triunfado la libertad de prensa? ¿Seríamos un pueblo mejor?

Give me a fucking break.

La libertad de prensa es tan jabonoso como concepto que resulta imposible siquiera determinar el sujeto portador. ¿Los periodistas (incluyendo a Laborda, Nancy Pazos y Grondona)? ¿Los directores de los diarios (incluyendo a Escribano)? ¿Los gerentes (sin marginar a Magnetto)? ¿Los dueños (si existe otro que no sea la Noble)? ¿"La gente" (en acepción Clarín)? Termina por ser un equívoco que combina una buena dosis de ingenuidad, falta de actualización y decidido oportunismo, hasta convertirse en algo que es tan bueno para la democracia como el dulce de leche o Hiroshima.

En verdad, el problema radica en la legitimidad que Página ha perdido ante su constituency para poner en marcha, en nombre de su pueblo, ese proceso de decisiones sobre qué publicar y qué no. Y su falta de plafón para dar la cara en ese debate arranca antes de su asociación con este gobierno y por motivos totalmente distintos, con los cuales interactúa y a veces refuerza: el deterioro del espacio público y el desmembramiento del campo cultural, muchas malas decisiones editoriales, el desconcierto, la famosa falta de un recambio generacional, entre muchas otras cosas. Página no ha perdido capacidad de analizar el país por su cercanía con Kirchner.

In fact, algunas de sus notas siguen siendo, en mi opinión, las únicas que se pueden leer a la hora de saber qué catzo pasa down there, por cierto mucho más que las de La Nación o Clarín.

onda que tiene alguna gente, me apena mucho. Mi creencia última más fuerte es que hay gente que en un momento de la vida se da cuenta que puede prescindir de los demás, que ya no les hacen falta. Que, a lo mejor, un hijo, o dos, les permite saber que tienen cubiertas las siete manijas de su ataúd del futuro, incluyendo a los amigos del pibe y que el mundo fue y será una porquería. Y entonces te tratan como el orto.

Schmidt
31.07.2005